

GIRALDO GUTIÉRREZ, FRANCISCO LUIS
RACIONALIDAD Y SUJETO RACIONAL EN EL DESARROLLO TECNOLÓGICO Una
aproximación desde Nicholas Rescher
Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad, vol. 3, núm. 5, octubre, 2011, pp. 89-103
Instituto Tecnológico Metropolitano
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=534366882002>



ACIONALIDAD Y SUJETO RACIONAL EN EL DESARROLLO TECNOLÓGICO¹

Una aproximación desde Nicholas Rescher

Rationality and rational subject in the
technological development

An approach from Nicholas Rescher's point of view

FRANCISCO LUIS GIRALDO GUTIÉRREZ.*

Resumen

En los inicios del siglo XXI se “padece” la tecnocratización, robotización y automatización en todos los ámbitos del ser humano, ya sea que se tomen estos como procesos del desarrollo científico y tecnológico o como fenómenos. Aunque se tomen los primeros, como causa, y los segundos, como efectos de la tecnocratización, sí es claro que todos, procesos de desarrollo o fenómenos, hacen parte de una tradición científico-tecnológica occidental heredada. Lo que se padece o disfruta hoy en el ámbito tecnocientífico es el resultado de la acumulación de conocimientos de tiempos

pasados y culturas diversas, y de una capacidad de hacer tecnológico, que conjuntamente con los que están por descubrirse hacen imposible que el hombre pueda apropiarse de ellos. En esa tríada de técnica, tecnología y ciencia, se le presenta al hombre, sujeto de conocimiento, uno de los mayores retos: mantener un nivel de objetividad en las acciones racionales. Desde lo propuesto por Rescher² se reconoce que las acciones racionales del hombre son del tipo evaluativo y argumentativo-deliberativo; en ese sentido, el hombre es un ser racional, y este *ser racional* tiene un conocimiento previo de cuál y cómo ha sido el desarrollo de la tecnología, y las características y condiciones de la misma en términos de querer

¹ El título y desarrollo del escrito representa un avance del proyecto de investigación titulado: Sujeto racional y racionalidad ante el desarrollo tecnológico, presentado al Centro de Investigación del ITM, con código P10208. Fue presentado como ponencia en el III Congreso Nacional de Filosofía Colombiana, realizado en Santiago de Cali, de octubre 19 al 22 de 2010, en la mesa temática: Filosofía de las nuevas tecnologías

* Docente de tiempo completo del INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO de la ciudad de Medellín, Antioquia, Colombia. Adscrito a la Facultad de Artes y Humanidades. En la actualidad cursa el segundo año del Doctorado en Filosofía, área de Filosofía de la Técnica y la Tecnología, en la Universidad Pontificia Bolivariana de la ciudad de Medellín. franciscogiraldo@itm.edu.co; flgiraldo1963@gmail.com

² Filósofo alemán, nacido en Hagen, Alemania, en 1928. Nicholas Rescher llegó a Estados Unidos siendo muy niño, a la edad de nueve años. En la actualidad es un distinguido catedrático de Filosofía en la Universidad de Pittsburgh desde 1961. Ha realizado aportes significativos en temas de lógica, filosofía de la ciencia, filosofía de la tecnología, teoría del conocimiento, historia de la lógica y teoría de silogismo modal. Los referentes, a modo de escuelas de pensamiento, son el idealismo continental y el pragmatismo americano.

Fecha de recepción: 18 de agosto de 2011

Fecha de aceptación: 16 de septiembre de 2011

adquirirla y hacer uso de ella. Ahora bien, en tiempos de hoy, donde se habla de sociedades del conocimiento, vemos cómo desde la Filosofía, y en especial desde la Filosofía de la Tecnología, se aprecia un inusitado interés por los fenómenos, condiciones y modos de desarrollo científico y tecnológico. Desde ese referente, la presente disertación se centrará en el sujeto racional y las posibilidades de racionalidad que tiene dicho sujeto ante el desarrollo tecnológico y, de modo puntual, del acercamiento teórico que posibilita Nicholas Rescher.

Palabras clave: sujeto, objeto, razón, racionalidad, ciencia, tecnología, conocimiento.

Abstract

At the beginning of the 21st century, we “suffer” from technocratization, roboticisation and automation in all areas of the human -being whether considered as scientific and technological development processes or as phenomena. The former as cause and the latter as effects of technocratization, if we accept that both development processes and phenomena are part of an inherited Western scientific and technological tradition. What we suffer from or enjoy in today’s techno-scientific world is the result of the accumulation of both past time knowledge and a variety of cultures as well as an ability to create technology, which together with the knowledge still to be discovered and produced, make it impossible for us to acquire these types of knowledge. A triad of technique, technology and science presents a major challenge for human beings as subjects of knowledge: maintaining a level of objectivity in rational actions. Following Rescher, I understand rational actions of man as evaluative, argumentative and deliberative. Accordingly, man is a *rational being* and has prior knowledge about both the type and process of technology development and its characteristics and conditions of acquisition and use. However, nowadays, when we speak of knowledge societies, Philosophy and, particularly, Philosophy of

Technology has developed an unprecedented interest in the phenomena, conditions and modes concerning science and technology development. From this point of view, this paper will focus on the rational subject and the possibilities of rationality accessible to that subject in view of the technological development and, particularly, of Nicholas Rescher’s theoretical approach.

Keywords: subject, object, reason, rationality, science, technology, knowledge

Problematización

En la actualidad, esto es, en el mundo contemporáneo, muchos son los logros atribuidos al desarrollo científico y tecnológico, logros que reivindican la capacidad de generación de conocimiento y de transformación del entorno que ha desarrollado el hombre desde épocas primitivas.

El hombre, desde su aparición en la tierra, se debate entre la colonización de nuevas tierras y la tarea de cómo hacer para volverlas más productivas, cómo transformar el entorno natural para acomodarlo a sus necesidades, especial e inicialmente, para su actividad agrícola, que más adelante tendrá aplicación y uso de manera amplia e integrada a todos los campos de desarrollo de la humanidad. Para esto elabora una serie de herramientas, como técnica artesanal, que le posibilitan transformar la naturaleza y volverla más productiva, pero, por sobre todo, posibilita las condiciones de vida óptimas y de acuerdo con un modo de vida que él concibe. En ese entonces, la instrumentalización de las acciones del hombre obedecía más a las condiciones del medio, que a un producto de su capacidad racional y de desarrollo técnico o tecnológico.

Contrastado ese sujeto racional primitivo con el sujeto de a pie contemporáneo, la situación es otra: este último está inserto en una sociedad de consumo, donde las necesidades, en buena medida, no son reales sino construidas, inventadas y vendidas por un sistema de producción.

Es a partir de la entrada en vigor de la industrialización, acompañada de un modelo económico de corte capitalista, cuando el hombre se siente como un objeto, cosa del sistema, y en tal sentido susceptible de ser moldeado, manipulado, alienado, por un modo de producción que se califica como altamente desarrollado –entiéndase–, tecnocrático, robotizado.

Esas tecnocratización, robotización y automatización devienen, en los inicios del tercer milenio, en una amplia acumulación de conocimientos científicos y avances tecnológicos, que conjuntamente con los que se está por descubrir, hacen imposible que el hombre se apropie de ellos.

En esa tríada de técnica, tecnología y ciencia, se conjuga en el hombre, sujeto de conocimiento, uno de los mayores retos: asumir los espacios y modos de racionalidad que le posibilita el desarrollo tecnológico y científico. Si no cuenta con este desarrollo, ¿qué tendría que hacer? Desde la filosofía de la tecnología la mirada se centra entonces en identificar las condiciones de desarrollo de la tecnología y sus implicaciones para la sociedad y el medioambiente. Es a ojos vistos que buena parte de las ciencias de hoy día, desde los distintos objetos de conocimiento, se han percatado del acelerado desarrollo de la ciencia y la tecnología. Planteamientos surgidos de áreas del conocimiento como la matemática, la física, la biología, la química, así como la sociología, la antropología, la psicología y la economía, invitan a la reflexión, y plantean el desarrollo de acciones tendentes a abrir espacios de reflexión y análisis sobre las consecuencias, favorables o desfavorables, del desarrollo de la tecnociencia. Desde la filosofía, no se tenía una reflexión ni una propuesta seria frente al desarrollo de la ciencia y la tecnología.

La filosofía era la gran ausente en este escenario de la tecnociencia, hasta hace 10 años. Ahora se le reclama a la filosofía que haga evidente su posición frente al desarrollo de la ciencia y la tecnología, en especial porque hay un inusitado interés por revisar, con miras a validarlos o actualizarlos, los fundamentos teóricos, de lo que entendemos por ciencia y tecnología, y cómo los desarrollos de ambas impactan a las sociedades

actuales. A partir de esa ausencia de la filosofía años atrás, y desde la tendencia manifiesta por renovar y validar la concepción y fundamentos de la ciencia y la tecnología, podemos plantear, como lo hizo Rescher, que “Si bien la ciencia y la tecnología han cambiado el mundo de muchas formas –querámoslo o no–, la tarea de los filósofos consiste en tratar de comprender este fenómeno e interpretar el sentido que tiene para nosotros” (Rescher 1999, 46). Camino que había iniciado desde la Modernidad al instaurarse el paradigma racionalista, y que se fortalece con las propuestas positivistas, y alcanza un máximo de desarrollo hacia mediados del siglo XX, con su despliegue de ciencia y tecnología.

En el avance de los temas a que nos lleva el título del presente escrito se hace necesario el análisis de ciertas situaciones en las que el sujeto racional, como consumidor de tecnología, como componente significativo de todo sistema económico, se ve envuelto. De igual forma, es evidentemente perceptible que en las condiciones actuales del mercado, hay un desafuero en el consumo. Ante dicho desafuero, surge la duda del nivel de racionalidad, y en este caso, de racionalidad crítica, real o potencial que tiene todo usuario al momento de demandar un producto o servicio, en especial de aquel que es de corte tecnológico.

Se plantean, entonces, de manera inicial algunos interrogantes: ¿qué posibilidades se tienen de identificar las condiciones de racionalidad que llevan a todo consumidor a adquirir un producto, especialmente de corte tecnológico? ¿Es posible, al hablar de una racionalidad crítica (real, objetiva, con conocimiento de causa y efecto) por parte de quien compra un aparato tecnológico, decir que dicha racionalidad está determinada por la moda y que como tal él sólo es un sujeto que consume? Y en tal sentido ¿cómo se puede interpretar, de ser posible, una racionalidad tecnológica para los ciudadanos de a pie, partiendo del hecho que en una sociedad de consumo este sujeto, en palabras de Ortega y Gasset, es *cosa, masa*?³

Los interrogantes presentados anteriormente

³ Estos y otros interrogantes son los que en buena medida han movido la investigación en los estudios de doctorado y son abordados en los distintos espacios de debate académico en los que se ha participado, debido a esto no se le haga extraño al lector encontrar éstos y otros interrogantes de modo complementarios en otros escritos o escenarios de discusión.

tienen su origen a partir del siguiente enunciado: El desarrollo tecnológico presentado desde los años cincuenta del siglo XX, y la manera vertiginosa como se proyecta en los escasos años del siglo XXI, requiere pensar, de parte de quienes somos meros consumidores de tecnología (como es el caso de buena parte de los sujetos racionales en la actual sociedad de consumo en la medida que no se da el tiempo de conocer y explorar el artefacto tecnológico antes de adquirirlo, sino que simplemente lo compran porque así nos lo venden los medios de comunicación, como necesidad que le crea el sistema), en términos de caracterizar las posibilidades, tiempos y modos que tendrán los ciudadanos de a pie de deliberar *cognitiva, pragmática o evaluativamente*⁴, sobre la producción, oferta y consumo de tecnología.

Para iniciar el desarrollo de ese contexto problemático y aportar algunos elementos teóricos a los interrogantes antes planteados, se caracterizará al sujeto racional desde algunos ámbitos: 1. Como un sujeto de conocimiento y entendimiento, 2. Con la particularidad de ser sujeto de razón, un ser racional, cuyos sus juicios y actos son producto de una racionalidad, 3. Como un sujeto que está inmerso en y desde su racionalidad, en un mercado tecnológico, altamente desarrollado y que le establece condiciones de consumo.

Sujeto, conocimiento y entendimiento

Particularmente, en la filosofía, en el plano de una teoría del conocimiento y la epistemología, se ha establecido una diferenciación entre quien conoce y aprende, el sujeto y lo conocido, sobre lo que se aprende, el objeto. En condiciones de racionalidad tecnológica, esta separación y reconocimiento es lo que valida una acción racional. Si no se presenta esta diferenciación y separación, se estaría dando por sentado el estado de cosa, masa, objeto útil del mismo sujeto racional.

⁴ Estos tres conceptos son presentados por Nicholas Rescher en su texto *La racionalidad* y se constituyen en un referente obligado, puesto que es a partir de dicho autor de donde se parte para problematizar sobre el *sujeto racional* y la *racionalidad tecnológica*. De igual manera, es desde lo propuesto por Rescher que surge la necesidad de indagar sobre las *condiciones, posibilidades y modos que tiene el sujeto racional, como sujeto que consume, ante el desarrollo tecnológico*.

La racionalidad tecnológica le exige al sujeto un distanciamiento de la tecnología, con miras a establecer un grado de objetividad al adquirir la misma.

Esa dualidad sujeto-objeto, presente en toda la historia del conocimiento, cobra vigencia hacia mediados del siglo XX, en la disputa por el sitio más grande de cómo se llega a la verdad de las cosas y qué grupo de ciencias, las ciencias exactas y naturales y las sociales y humanas, o como bien las llamó Dilthey en el siglo XIX *ciencias del espíritu*, pueden dar cuenta de manera más objetiva de la realidad de las cosas, de los hechos y fenómenos.

La pretensión en este escrito no es la de ahondar en una polémica ya superada, y podría decirse complejizada aún más, sobre qué es más relevante ante la producción del conocimiento, si el sujeto o el objeto, o en términos de conocimiento y de desarrollo científico y tecnológico: el sujeto como sujeto y objeto de conocimiento. Dilema que también se hace presente en el siglo XIX cuando se pregunta por la relevancia de las ciencias exactas y naturales y las sociales y humanas, llamadas por Dilthey “del espíritu”, puestas unas frente a otras. A tiempos de hoy y en el plano de la racionalidad tecnológica, hablar de sujeto y objeto adquiere importancia y otra dimensión, en tanto que ese sujeto racional, esa racionalidad abanderada como ideal desde la Modernidad, se ha desvirtuado y se ha postrado a los pies del sistema de consumo.

Para comenzar, tengo la necesidad de precisar a qué tipo y modo de conocimiento nos referimos. En la línea de lo planteado por Descartes, es claro que:

En el conocimiento no hay más que dos puntos que considerar, a saber: nosotros, que conocemos, y los objetos, que deben ser conocidos. En nosotros hay solamente cuatro facultades que pueden servirnos para este uso: son estas el entendimiento, la imaginación, los sentidos y la memoria. Ciertamente solo el entendimiento es capaz de percibir la verdad; no obstante, debe ser ayudado por la imaginación, los sentidos y la memoria para no descuidar al azar nada de lo que se ofrece a

nuestra industria (Descartes, 1983: 199).

El sujeto racional, en el ámbito del conocer, es un ser dual. Es sentimiento-razón, empiria-realidad, especulación-comprobación. Esos momentos duales ponen en evidencia las limitaciones del mismo sujeto, dejan claro que el hombre no tiene la capacidad ni la posibilidad de conocerlo todo, y menos en términos absolutos de una manera. Lo empírico, es una primera fase en la construcción de conocimiento: la percepción, la observación son los elementos de dicho conocimiento. Si bien se reconocen las bondades de un conocimiento meramente empírico, vemos que el sujeto racional, si se queda con los resultados en este modo de conocer, como sujeto de conocimiento, queda en un conocimiento parcial de y sobre las cosas. Elaborar un juicio o decir conocer la verdad-realidad de las cosas sólo desde lo percibido, es aumentar la posibilidad del error, es elaborar un concepto próximo a la realidad del objeto, pero no una verdad próxima al mismo. El empirismo no exige, con miras a la verdad, un entendimiento-comprensión de las cosas, del entorno donde se presenta el objeto. En este sentido, Kant plantea que

El conocimiento no consiste en un proceso deductivo que parte de ideas innatas, como enseña el racionalismo, ni en una reproducción de la experiencia, como lo declara el empirismo. El conocer es un acto gracias al cual una materia por conocer es formada por ciertas leyes lógicas a priori de que hace uso la conciencia cognosciente en el referido acto (Kant, 1976: xix-xx).

Es claro con esto que no existe una única manera de conocimiento. Se lee cómo Kant conjuga el empirismo y el racionalismo, pero más adelante en la *Crítica de la razón pura*, en el desarrollo de los *juicios a priori*, puntualiza que acepta el empirismo como punto de partida para conocer, pero que a la postre es la razón, la razón crítica, instrumental la que dará validez a lo conocido por el sujeto. Es así como

La razón humana tiene, es una especie de sus

conocimientos, el destino particular de verse acosada por cuestiones que no puede apartar, pues le son propuestas por la naturaleza de la razón misma, pero a las que tampoco puede contestar, porque superan las facultades de la razón humana (Kant, 1976: 5).

Las ideas, como lo propone el empirismo, especialmente el radical, son determinadas, por ende, son estáticas, lo cual es contrario a lo que ha mostrado la historia del pensamiento en donde se asiste cada día, especialmente desde mediados del siglo XX, a una renovación, revolución y contextualización permanente de teorías, axiomas y objetos (fenómenos) de conocimiento.

Lo que se plantea entonces es cómo conoce y se conoce el sujeto. En especial, se establece que la razón, sea como instrumento o como punto de partida y de llegada, como modelo paradigmático todavía es válido.

La razón, mediante la acción racional del sujeto, es la que posibilita el paso de lo meramente intuitivo, especulativo y contemplativo, a lo real, a lo práctico. De un conocimiento común a un conocimiento científico, de tal modo que:

Si la elaboración de los conocimientos que pertenecen a la obra de la razón, lleva o no la marcha segura de una ciencia, es cosa que puede pronto juzgarse por el éxito. Cuando tras de numerosos preparativos y arreglos, la razón tropieza, en el momento mismo de llegar a su fin; o cuando para alcanzar éste, tiene que volver atrás una y otra vez y emprender un nuevo camino; así mismo, cuando no es posible poner de acuerdo a los diferentes colaboradores sobre la manera como se ha de perseguir el propósito común; entonces puede tenerse siempre la convicción de que un estudio semejante está muy lejos de haber emprendido la marcha segura de una ciencia y de que, por el contrario, es más bien un mero tanteo (Kant, 1976: 11).

Desde la intención del racionalismo crítico popperiano se reconocería esto como la necesidad

de falsar la teoría que se establezca en la intención de aproximarse a la realidad del objeto. El anterior movimiento cognitivo marca el paso de un conocimiento empírico a un conocimiento objetivo, soportado en la racionalidad, lo que nos autoriza para hablar del conocimiento como producto-resultado de un enunciado que se aproxima a la realidad del objeto-fenómeno. Lo anterior nos lleva de nuevo al conocer. El conocer es una condición natural del hombre y en ese sentido se dice que es una empresa humana, que no es propio de todos los seres vivos, aunque en casos excepcionales algunos mamíferos presentan mucha acciones cognitivas similares o por encima de los mismo humanos. Como bien lo establece Kant:

El hecho de que el hombre pueda tener una representación de su yo le realza infinitamente por encima de todos los demás seres que viven sobre la tierra. Gracias a ello es el hombre una persona, y por virtud de la unidad de la conciencia en medio de todos los cambios que pueden afectarse es una y la misma persona, esto es, un ser totalmente distinto, por su rango y dignidad, de las cosas, como son los animales irracionales, con los que se puede hacer y deshacer a capricho (Kant, 1976: 15).

De este modo, para Kant, retomando el hecho de que el conocimiento generado desde los sentidos y las sensaciones es considerado conocimiento empírico que no ha sido sometido a un juicio crítico y que por eso es *a priori*, es cierto que desde lo principios a priori se descubren “dos facultades del espíritu, la facultad de conocer y la de desechar, determinados según las condiciones, la extensión y los límites de su uso, y de este modo, he puesto un fundamento seguro para una filosofía sistemática, teórica y práctica, como ciencia” (Kant, 1997: 24).

Lo sistemático, teórico y práctico, como características y resultados de las facultades *a priori* de la razón se dan gracias a la capacidad y posibilidad de razonar del hombre. El conocimiento es, pues, una ciencia humana y como tal, “[...] toda la ciencia humana consiste únicamente en ver de una manera distinta o clara de qué manera estas naturalezas simples concurren a la vez a la

composición de las demás cosas” (Descartes, 1983: 217). Conjugar sujeto, conocimiento, experimentación, entendimiento y comprensión se corresponde con el desarrollo cognitivo que se evidencia cuando se pasa del empirismo, al racionalismo y luego al positivismo, sin establecer hoy día un orden lineal, nomológico. Al respecto, con Kant se puede ampliar lo siguiente:

El entendimiento natural puede aún, por medio de la enseñanza, enriquecerse con muchos conceptos y pertrecharse con reglas; pero la segunda facultad intelectual, a saber, la de discernir si algo es un caso comprendido dentro de la regla o no, el juicio, no puede ser enseñada, sino sólo ejercitada; de aquí que su desarrollo se llame madurez y aquella forma de entendimiento que viene con los años (Kant, 1991: 114).

El sujeto, apropiándose de lo propuesto por Kant, inicialmente se concibe como un ser de razón, pero no necesariamente un sujeto racional, esto es, que ha trascendido a los niveles de entendimiento y conocimiento. Solo en ese nivel es donde podemos ubicar al sujeto racional, solo en esa *madurez*, el hombre, en teoría, es un sujeto completo, esto es, con capacidad de ejercitar libremente su conocimiento, con unos niveles de voluntad y autonomía acordes con sus capacidades y condiciones de desarrollo cognitivo.

Al respecto, se puntualiza con Kant que “Si el entendimiento es la facultad de las reglas, y el juicio la facultad de descubrir lo particular como caso de estas reglas, la razón es la facultad de derivar de lo universal lo particular y de representarse esto último según principios y como necesario” (Kant, 1991: 114); de lo anterior queda claro que, no es la razón como mero instrumento lo que prevalece al momento o en el proceso de adquirir conocimiento y tener un real entendimiento de los fenómenos, objetos: es la razón, como condición que diferencia al hombre de las demás especies, pero de igual modo entre los mismos hombres; es el asunto de las condiciones de actitud y aptitud al conocer.

La razón, como capacidad de y para, es también un factor de exclusión y sometimiento; se convierte

en el elemento diferenciador entre los sujetos cuando se encuentran en escenarios deliberativos; en esos escenarios el sujeto racional gana o pierde, pone en evidencia su desconocimiento y errores de y sobre las cosas. En esta línea de cosas, denota niveles de racionalidad, y deja claro con esto que no basta con tener la facultad, si dicha facultad no se cultiva, se explora, se explota. Ahora bien, a partir de lo desarrollado al momento y con miras a generar elementos de discusión, veamos qué plantea Rescher con relación al conocimiento, en especial al cultivo del mismo, donde comienza reconociendo que es un atributo de la especie humana.

Aun cuando el cultivo del conocimiento sea, en verdad, sólo un proyecto humano valioso entre muchos otros es, sin embargo un proyecto que reviste particular importancia. El conocimiento es un componente clave del bien per se, debido a su adecuado encaje dentro en la economía general de las normas. Buscarlo como un bien, de ninguna forma entorpece el cultivo de otros bienes legítimos; al contrario ayuda y facilita su persecución, adquiriendo por tanto un valor instrumental, que se suma a su valor como bien absoluto por derecho propio (Rescher, 1999: 105).

Sobre el conocimiento, Rescher sostiene que es un atributo de la especie humana; que es un bien, por demás muypreciado, pero que no es el único bien y en ese sentido no debe “entorpecer” la búsqueda de otros bienes; parece ser posible equiparar bien, con lo que es valioso o lo que valoramos en nuestras vidas. El conocimiento, y en el camino de desarrollo del mismo conocimiento, adquiere un estatus axiológico en lo que Rescher plantea, criterio que el autor reafirma en las líneas siguientes.

El conocimiento es únicamente un bien humano entre otros, y su búsqueda es sólo un objetivo (objetive) valido entre otros. Rebasado este punto, debe reconocerse así

mismo que, incluso en el estricto dominio cognitivo, el conocimiento científico es sólo una clase de conocimiento: aparte del científico, hay otros proyectos epistémicos e intelectuales válidos. La autoridad epistémica de la ciencia es grande, pero no lo abarca todo. Y, desde luego, esto vale también para la tecnología. Puesto que en las condiciones del mundo real. La realización de nuestros querer y necesidades deben estar mediadas en gran parte por técnicas, aun cuando, de nuevo, solo sea una parte de ese bien (Rescher, 1999: 106).

Razón, racional y racionalidad⁵

En el numeral anterior se ha conceptualizado brevemente sobre el conocimiento, los modos de conocer del hombre, y sobre la manera como el hombre valida aquello que conoce; de igual modo, se han identificado y caracterizado los elementos que intervienen en el proceso de conocer: el sujeto y el objeto. Nótese que no se ha tratado sobre el método y el medio en el que se conoce; es una deuda que no será saldada de momento. Los tres conceptos se constituyen, a su vez, en atributos y condiciones, adquiridas del paradigma racionalista de la Modernidad, como atributos del sujeto racional con capacidad deliberativa, evaluativa o argumentativa, tal como lo propone Rescher en los objetivos de la racionalidad, de igual modo para este autor “La razón misma está por completo preparada para reconocer la validez de los múltiples factores enriquecedores de la vida, aquellas actividades no reflexivas que requieren poco ejercicio racional, si es que necesitan alguno” (Rescher, 1999: 32).

⁵ Como se leerá más adelante, en el desarrollo del tema de la *Razón, racional y racionalidad* se parte del concepto de sujeto racional; en este sentido, dicho concepto se homologa con los conceptos de hombre racional, humano racional y agente racional, dado que son acepciones intencionadas, pues es punto central en discusión es el sujeto racional y las posibilidades que tiene éste, ya sea en su condición de hombre, humano o agente, de deliberar, argumentar o evaluar la sobreabundancia de productos y servicios de corte tecnológico que le ofrece una sociedad de consumo como la de hoy.

Como referente conceptual, con miras a polemizar sobre la razón, lo racional y racionalidad, presentamos lo planteado por Kant: "Razonar con argucia (sin hacer caso al sano entendimiento) es un empleo de la razón que deja de lado el fin último, en parte por incapacidad, en parte por errar el punto de vista.

Enfurecerse con razón quiere decir: proceder según principios, en cuanto a la forma de los pensamientos; pero en cuanto a la materia o al fin, aplicar los medios justamente opuestos a éste" (Kant, 1991: 115) la furia racional posibilita los juicios críticos al igual que los niveles de racionalidad. No basta con una acción de razón, es necesario llegar y presentar juicios razonables. Es el espacio para la intersubjetividad de razones, deviniendo en juicios razonables, esto es, en las condiciones del encuentro, del consenso. En buena hora "Los humanos podemos vernos, nos vemos y debemos vernos a nosotros mismos como agentes racionales libres. Y, como tales, somos en una medida sustancial responsables de nuestro ser: somos el tipo de criaturas que somos, en virtud de los tipos de aspiraciones que tenemos, el tipo de criaturas que vemos que somos o aspiramos a ser". (Rescher, 1999: 64). El hombre, como sujeto racional, se identifica en las metas e ideales que establece desde el conocimiento de sí y la interacción con los otros. De este modo, el sujeto se proyecta, avizora su mayoría de edad, representada en el pleno desarrollo de su capacidad de racionalidad crítica. Es así como:

... la edad en que el hombre llega al pleno uso de su razón puede colocarse con respecto a la *habilidad* (la facultad de obrar con arte en cualquier sentido) aproximadamente hacia los veinte años; con respecto a la *inteligencia* (de emplear para los fines a los demás hombres), hacia los cuarenta; finalmente, con respecto a la *sabiduría*, hacia los sesenta; época esta última en la que es más bien la sabiduría *negativa* de comprender todas las locuras de las dos primeras [...] (Kant, 1991: 116).

Continuando con lo propuesto en líneas anteriores, se pretende ahora desarrollar los conceptos de razón, racional (el sujeto en la acción de razonar),

y de racionalidad, tomada esta última como los juicios o acción racional establecida por el hombre, no desde sí mismo, y menos cuando el sujeto tiene en cuenta sólo su parecer y los modos y condiciones en que se le aparecen los objetos, fenómenos.

La razón y las posibilidades del ejercicio de la razón son exclusivas de los humanos. Si bien existimos y convivimos con muchas especies vivas altamente desarrolladas y con unas condiciones de adaptabilidad increíbles, para el ser humano racional, convivir, estar rodeados de dichos seres vivos, carece de importancia; su condición de ser superior y en la búsqueda de su propia comodidad y felicidad lo enceguecen ante las condiciones y necesidades de las demás especies, "Pues todo agente dotado de razón está, por este mismo, sujeto a la obligación de usar su razón para sacar provecho de sus oportunidades para el bien" (Rescher, 1999: 63). Hablar de una interacción real es referirnos a los humanos, tradicionalmente, y en especial, a partir de los adelantos en ciencia y tecnología de finales del siglo XIX y el siglo XX, no es en buena medida válido decir que el hombre ha pensado mucho en las demás especies vivas. Lo anterior obedece a que en su egoísmo "El homo sapiens es una criatura capaz de construirse a sí misma, al menos parcialmente; capaz de hacer de él mismo, el ser que (considerado ontológicamente) debería ser, dadas las oportunidades que se le ofrecen en el curso de los sucesos del mundo" (Rescher, 1999: 64). Complementario a lo planteado por Rescher y en la línea de lo dicho por el autor, vemos cómo

La plenitud humana implicará inevitablemente cosas como [...] usar la inteligencia propia [...] desarrollar (algunos de) los talentos y capacidades productivas propias [...] hacer una contribución constructiva al trabajo del mundo [...] promover el potencial bueno de otros [...] alcanzar y difundir la felicidad [...] atender a los intereses de otros (Rescher, 1999: 65).

Ese deber ser obliga al humano al aprovechamiento máximo de todos los recursos y condiciones de desarrollo, como le sea posible. De este modo, la búsqueda constante del hombre radica en la

autorrealización, en alcanzar la felicidad. Realidad, ideal o utopía “Lo que está en juego, no es una cuestión de reciprocidad sino de autocohesión racional, estar dispuestos a ver a otros a la misma luz. Al vernos como personas, nos vinculamos de inmediato a cuidar unos de los intereses de los otros” (Rescher, 1999: 68). El hombre como ser racional es un ser intersubjetivo, disfruta, siente y padece en colectivo.

La razón y la acción racional también están permeadas, podría decirse que hoy día, supeditadas, a la escala axiológica que el mismo sujeto asuma en los distintos ámbitos de interacción y desarrollo; la aplicación de dicha axiología en los distintos ámbitos del sujeto establece el deber ser del mismo, pone al humano en una condición ética. Se presenta entonces esa dualidad de actuar y razonar de acuerdo con contextos sin perder lo propio de su ser, puesto que

Un agente racional está obligado ex officio a la opinión de que valorar algo le compromete a uno a ver ese algo como valioso, como digno o merecedor de ser valorado (por él o por cualquiera que sea como él en los aspectos relevantes). No hay nada impropio en que a uno le gusten cosas sin razones para ello, pero valorarlas (racionalmente) implica considerar que poseen valor de acuerdo con criterios impersonales (Rescher, 1999: 69).

El agente racional, llamado así por Rescher, desarrolla su capacidad racional en la medida que se da a conocer ante los demás, siendo que

Para ver valor en mi estatus y en mis acciones de agente racional, debo estar dispuesto a reconocerlo en otros también, pues la razón es inherentemente impersonal (objetiva) en el sentido de que lo constituye una buena razón para X crea o haga o valore algo constituirá automáticamente una buena razón para cualquiera que estuviera en la piel de X (en los aspectos relevantes) (Rescher, 1999: 69).

Pero de igual modo, en tanto que se reconoce perteneciente a un lugar, establece referentes identitarios que lo llevan a promulgar sus orígenes.

Esa identidad se adquiere y prevalece en el hombre a partir del establecimiento y acatamiento de normas que regulan su accionar consigo mismo, con los demás y con toda especie viva. Esas normas nos llevan a aceptar que:

Al sostener que algo (vida, libertad, oportunidad) es de valor –que no es simplemente algo que uno desea, sino algo cuya persecución es racionalmente acertada–, los agentes racionales debemos reconocer su valor genérico y reconocer que también otros están justificados para perseguirlo. Y si la capacidad de ser un agente racional –de obrar por razones que yo mismo creo buenas y suficiente– es algo que respeto y valoro en mí, entonces estoy racionalmente obligado, por simple coherencia, a respetarlas y valorarlas también en otros (Rescher, 1999: 70).

El mundo se transforma y es transformado por y para humanos. La responsabilidad ética y política de las acciones humanas es un asunto de valoración y evaluación permanente de las condiciones y modos de vida del sujeto racional; es por esto que “Lo que cuenta para nosotros los humanos no es simplemente el tipo de criatura que somos, sino el tipo de criatura que nos pensamos y creemos llamados a ser” (Rescher, 1999: 63).

El asunto de la eticidad, como un estado humano de valoración permanente, posibilita entonces identificar las condiciones y modos de los agentes de razón. Uno de los ámbitos, quizás el más significativo en los últimos sesenta años, es el de la ciencia y la tecnología.

El papel del sujeto racional en este ámbito, también y desde la propuesta de desarrollo hipotético presentada en este escrito, ha sido dual. Ha quedado claro que el humano, como sujeto o agente de razón, en la búsqueda de su felicidad o su mentalidad desarrollista de los últimos siglos, es el mayor depredador del planeta; conceptos como bienestar social, calidad de vida, vida buena, sostenibilidad y sustentabilidad son las consignas egoístas que ronda en la mente del sujeto racional. La ciencia y la tecnología, como variables de

desarrollo, calidad de vida y bienestar social para la humanidad, han sido puestas al alcance de sus posibilidades. Ahora bien, ese sujeto racional no adquiere conciencia de las trampas del progreso. Su ser y capacidad racional parece que no le bastaran para desmontar las fantasías creadas y en buena cantidad hechas realidad, por un sistema económico y un modo de producción que le exige consumir.

El ideal racionalista de la Modernidad, reforzado por el sujeto ilustrado, se desdibuja hacia finales del siglo XIX, esa dualidad público-privado, desarrollada por Kant en *Qué es la Ilustración*, en donde se puede pensar todo lo que quiera, tener las divergencias que se tengan, pero en términos de los modelos económicos y modos de producción de hoy, la consiga es consumir. Es por esto que hablamos de pérdida de las capacidades, posibilidades y condiciones de racionalidad crítica ante el desarrollo tecnológico. No es un asunto de la razón por la razón, como paradigma absoluto y exclusivo de y para humanos. Se requiere una racionalidad crítica frente al desarrollo tecnológico en la medida que tradicionalmente la razón, como causa y efecto de conocimiento y de desarrollo de la humanidad, ha desconocido factores afectivos, pasionales, ambientales, psicológicos, políticos que afectan la toma de decisiones frente a la tecnología.

Si bien Feyerabend critica ampliamente la racionalidad y en especial el racionalismo crítico, vemos cómo, en palabras del mismo Feyerabend

El racionalismo crítico o es una idea con significado, o es una colección de eslóganes (tales como “verdad”; “integridad profesional”; “honestidad intelectual”) hechos para intimidar a los modestos oponentes (que tienen la fuerza de ánimo, e incluso la clarividencia, de declarar que la verdad puede que no sea importante, y quizá incluso puede que no sea deseable) (Feyerabend, 1984: 34).

El racionalismo crítico, frente al uso y consumo de tecnología, sigue siendo una condición necesaria si se tienen presentes las características ya atribuidas al sujeto racional: razón, racionalidad y razonabilidad, pero que ha sido desvirtuada

por los sistemas económicos y manipulada por la sociedad de consumo. En apropio de lo planteado por Feyerabend, la razón debe posibilitar la producción de “reglas, estándares, restricciones que nos permitan separar el comportamiento crítico (pensar, cantar, escribir piezas teatrales) de otros tipos de comportamiento, de modo que podamos *descubrir* las acciones irracionales y *corregirlas* con la ayuda de sugerencias concretas. No es difícil producir los estándares de racionalidad defendidos por la escuela popperiana” (Feyerabend, 1984: 94).

La razón como punto de partida para llegar, en términos de capacidad racional, a un racionalismo crítico, retoma su protagonismo ante los retos que nos ponen hoy día un mundo altamente desarrollado, un mercado globalizado y una economía de consumo, que se campea dulce y tranquilamente por todos los ámbitos de la existencia humana. Rescindiendo a lo dicho sobre la razón, lo racional y la racionalidad, y habiendo quedado en evidencia que el sujeto racional de hoy día, frente al desarrollo tecnológico y la manera como el sistema productivo le crea necesidades, no actúa como sujeto de racionalidad crítica (racionalidad tecnológica), y menos frente a las necesidades de consumo que le crea el sistema, vemos como este sujeto ha tomado la vía más fácil: se ha camuflando en sistema y se ha dejado absorber por el mismo sistema productivo y una sociedad de consumo.

Con el mismo Feyerabend, basta decir que “una racionalidad completa sólo puede obtenerse mediante una extensión de la crítica también a las partes estables. Esto supone la invención de categorías alternativas a todo el rico material a nuestra disposición” (Feyerabend, 1984: 33). Estas categorías son las que se evocan para ser desveladas como posibilidades de acción racional ante el desarrollo tecnológico.

Racionalidad y desarrollo tecnológico

Se conjugan dos parejas de conceptos, razón-racionalidad, tecnología-desarrollo tecnológico. La primera, tiene una fuerte presencia en la Modernidad al instaurarse el paradigma racionalista matematizador y reforzado por la

propuesta del ser ilustrado; la segunda tiene su aparición desde los primeros momentos de la Revolución industrial, sobre todo hacia finales del siglo XIX, y presenta un avance desmesurado desde mediados del siglo XX. A la fecha no se avizora un punto de llegada. Históricamente los hitos científicos y tecnológicos han dado que hablar, han posibilitado un análisis de sus efectos, pero las posibilidades de reflexión no se agotan en el momento histórico; no se ha dicho la última palabra. La condición de sujeto racional es la que le ha posibilitado a este, alcanzar los niveles de progreso que hoy ostenta. Descartes lo presenta de la siguiente manera:

Los mortales están dominados por una curiosidad tan ciega que con frecuencia comprometen su espíritu por caminos desconocidos, sin ninguna esperanza razonable, solamente para correr el riesgo de encontrar allí lo que buscan. Ocurre con ellos como un hombre que ardiera en un deseo tan estúpido de encontrar un tesoro que le hiciera vagabundear sin cesar por las plazas públicas buscando si por casualidad encontraba alguno perdido por algún viajero (Descartes, 1983: 156).

Lo que se muestra es que esa dualidad de conceptos no ha cesado de ser punto de discusión; de manera permanente, han estado en la agenda de toda discusión filosófica. Con la Modernidad se asiste al nacimiento de ese sujeto racional, en especial, desde la máxima cartesiana, *pienso luego soy*, generando de paso la necesidad de clasificar los saberes, muchos de los cuales hoy se llaman ciencia. Ya no sólo se habla de conocimiento en términos generales y comunes; desde entonces se allana el camino para el conocimiento científico. Ahora bien, visto en el tiempo presente observamos que “La idea misma de conocimiento científico es, en sí misma, una idealización. Porque la indagación científica es la búsqueda de un ideal inalcanzable: el ideal de una ciencia perfecta, que nos permite una versión verdadera y completamente adecuada de cómo funcionan las cosas en el mundo” (Rescher, 1999: 59).

¿De qué se trata esto? Rescher, en su libro *Razón y valores en la era científico-tecnológica*, hace toda

una sustentación de por qué y cómo la tecnología y más que ésta, la valoración y aplicabilidad que haga el sujeto racional de la misma, está para generar felicidad. Es así que desde el inicio del referido libro se presenta como propósito establecer la “incidencia de la racionalidad tecnológica para la felicidad y el sentido de la vida ante la primacía del quehacer científico-tecnológico” (Rescher, 1999: 14). La ciencia y la tecnología requieren del sujeto racional en su accionar cotidiano, una actitud valorativa frente a las mismas y en esa medida estará abonando el camino hacia su felicidad. El sujeto está para ser feliz, las comodidades y facilidades de interacción (comunicación, transporte, educación, recreación, deportes, etc.) que nos brinda la tecnología apuntan al logro de ese ideal de vida buena, sin ser reduccionista, pues no se trata de bienes sólo materiales; en ese sentido se obliga al sujeto racional a reconocer que “El progreso tecnológico hace que la vida sea mucho más complicada al ampliar la gama de elecciones y oportunidades; incrementa, por tanto, la complejidad operativa de los procesos en torno a nosotros” (Rescher, 1999: 116).

De igual modo, la ciencia ha ampliado las condiciones de salud, calidad de vida y medioambiente de las personas y para las personas, en este sentido, “La racionalidad nos orienta hacia ese ámbito universal y, al mismo tiempo, pone de relieve que la ciencia no es un absoluto, sino un bien entre otros, de manera que los valores cognitivos de la ciencia no pueden condicionar el resto de la existencia humana” (Rescher, 1999: 26). Ante el devenir científico y tecnológico el ser humano, el ciudadano de a pie, como se le ha caracterizado en líneas anteriores, como sujeto racional, genera las condiciones para que al momento que sus necesidades humanas entran en la escena valorativa, la valoración se lleva a cabo de modo objetivo, que el sujeto no actúe solo de modo pasional, instintivo.

La condición anterior es válida si tenemos presente lo expuesto por Rescher sobre las sociedades en las que interactúa el sujeto racional: “Las sociedades tecnológicamente avanzadas presentan problemas de diversidad social, diferenciación política y disonancia económica que dan como resultado una



complejidad del proceso que hace la predicción difícil y conduce a que sea virtualmente imposible un control efectivo a través de interacciones deliberadas” (Rescher, 1999: 117). Los beneficios de la ciencia y la tecnología se convierten hoy día en una amenaza (suplantación de identidades, fraudes electrónicos, contaminación visual y auditiva con propagandas comerciales, el mercado negro de bases de datos con información personal), lo que nos lleva a plantear que “Cada tecnología que tiene una función posee también su mal funcionamiento; los límites y las limitaciones de esta índole son inherentes a la tecnología. Y, en la medida en que la tecnología se hace más compleja, el funcionamiento defectuoso resulta más difícil de predecir, de controlar o incluso de detectar” (Rescher, 1999: 118).

La tecnología es producto, es una muestra de su capacidad y posibilidad de pensar y hacer, pero hoy día, en la primera década del siglo XXI, el sujeto racional se postra ante la tecnología, ha sido tan colosal su avance que se idolatra a la misma. Como reza el argot popular, el avance y el campo de aplicación es y se piensa tan amplio que *los pájaros –la tecnología– ya le están tirando a las escopetas –sujetos racionales–*. Ahora bien, no es que estemos planteando y menos promoviendo una posición pesimista o tecnófoba frente a la tecnología, en lo absoluto. Más bien lo que exponemos es que ese dejar autónomo sin espacios de intervención ni auditoría frente a la tecnología ha llevado a que las sociedades de hoy sean vistas como masa, objeto, cosa. El hombre se ha olvidado de su rol político y ético frente al desarrollo científico y tecnológico. No se niega que el desarrollo de hoy se da gracias a lo heredado de épocas y de culturas anteriores, como bien lo plantea Rescher: “Sin un desarrollo permanente de la tecnología de la experimentación y la observación, el progreso científico se detendría bruscamente. Los descubrimientos de hoy no pueden conseguir con la instrumentación y las técnicas de ayer. Para obtener nuevas observaciones, para detectar nuevos fenómenos y para comprobar nuevas hipótesis, se necesita una tecnología de investigación cada vez más potente” (Rescher, 1999: 124). Naturalmente, como humanos, somos un resultado evolutivo. Somos causa y efecto de las condiciones y modos de vida, heredadas y desarrolladas en un presente

con proyección e impacto en un futuro.

Se dice entonces que la ciencia y la tecnología han abierto el camino del progreso, pero han sumido al hombre en un total individualismo, en una total indiferencia por los otros; esa dualidad de favorable y desfavorable de la tecnología la podemos entender fácilmente con lo que se lee en las siguientes líneas:

El progreso tecnológico genera lo que podríamos caracterizar como el efecto de “bola de nieve”, porque la complejidad alimenta más complejidad a través de la creación de problemas de situaciones de los cuales solo pueden sacarnos una capacidad tecnológica adicional. Con el progreso de la ciencia, la tecnología y, en general, de los artefactos humanos, la complejidad es auto-potenciadora ya que genera complicaciones del lado de los problemas que solo pueden ser atendidos adecuadamente mediante una ulterior complicación del lado de los procesos y procedimientos (Rescher, 1999: 120).

Según Rescher, esto no siempre ha sido así:

Al principio, en los estadios menos sofisticados del progreso tecnológico, la dinámica del cambio operacional es menos problemática, y resulta fácil a la gente saber que está sucediendo: pueden ver claro el camino de lo que se necesita hacer. Pero, con la creciente complejidad, cada vez son menos los que pueden abarcar el proceso en cuestión y las implicaciones de innovación que comportan para su manejo por parte de la ingeniería social” (Rescher, 1999: 117).

En los albores del desarrollo industrial, siglo XVIII, y con los adelantos científicos y tecnológicos de los siglos XIX y el XX se constata lo antes planteado. Hoy día se le exige, tanto al científico como al ciudadano de a pie, que hay que innovar, que hay que ser creativos, tanto en la generación de conocimiento científico, en el caso del primero, como para consumir, en el caso del segundo, ciencia y tecnología. Con esto vemos como

La intrínseca vinculación del progreso

científico al progreso tecnológico hace que el cumplimiento de la finalización temporal sea completamente irrealizable. El hecho de que nosotros podamos mejorar siempre sobre la base de nuestra tecnología de observación y de experimentación la correspondiente a la obtención de los datos y su procesamiento supone que, en principio, podemos ampliar siempre la profundidad y la sofisticación de nuestra comprensión de la Naturaleza. Sin duda, la mejora tecnológica en cuestión llega a de ser incluso más difícil y cara en el curso del progreso científico (Rescher, 1999: 146).

El ciudadano de a pie le volteo la espalda a la ciencia y la tecnología de hoy. Ese voltear la espalda es una negación a la exploración, a la aproximación del cómo, el qué, y el para qué de la ciencia y la tecnología. Si bien lo que está en juego, de lo que se trata, es de establecer las posibilidades y condiciones de acción racional ante el desarrollo tecnológico, es justo reconocer que el sujeto racional de hoy, en ocasiones, es permisivo, facilista, ante lo que hacen y cómo lo hacen, la ciencia y la tecnología.

En ese voltear la espalda, el hombre de hoy parece estar de acuerdo con la tesis inductiva de la ciencia. Con el nivel de pasividad y en ocasiones de indiferencia del hombre hacia la ciencia y la tecnología, queda en evidencia que para el hombre de hoy “La ciencia tiene, de suyo, una misión determinada: racionalizar los hechos empíricos objetivos; y aquí, como en cualquier parte, determinación es negación: puesto que la ciencia es cierta clase concreta de quehacer, hay también cosas que la ciencia no es” (Rescher, 1999: 111).

El sujeto racional de hoy todavía considera que la normalización de la ciencia, en especial desde una visión clásica de la misma, solo le ha generado las condiciones de desarrollo a partir de hechos empíricos y que el nivel de experimentación y comprobación de sus resultados no da lugar a dudas y discusión. Si bien esto ha sido su fortaleza para el hombre, también ha sido su error frente a la tecnología y, de manera especial, frente al nivel de desarrollo de la tecnología; es una realidad a ojos vistos que la ciencia de finales del siglo XX y en lo que se ha trasegado del siglo XXI no progresó, no se desarrolla si no hay avance en la tecnología;

la ciencia no hace visibles los resultados sobre sus objetos de investigación y no desarrolla los problemas que le generan dichos objetos, si la tecnología no se lo hace posible.

Como ejemplo se tiene el almacenamiento y procesamiento de la información, donde la tecnología ha sido protagónica en doble sentido: como generadora de problemas, pero también aportando soluciones.

Al tiempo de hoy, la ciencia y el sujeto racional son esclavos de la tecnología, la primera ciertamente no avanza, no tiene cómo desvelar sus dudas si la tecnología del momento no lo hace posible; el segundo, está tan inundado de tecnología y avanza a pasos tan agigantados, que el sujeto racional no alcanza a ejercitar su racionalidad tecnológica. No le da tiempo de razonar de manera crítica y objetiva, y en muchos casos queda convertido en autómata, en cosa, en objeto que entra a la cadena de consumo y se pone a la venta.

Lo anterior lo justifica Rescher, al dejar en evidencia que la tecnología es, de modo inicial, producto del desarrollo científico, por lo tanto, si no hay perfección en la tecnología, es porque en sus orígenes tampoco la hay en la ciencia: “A menos que dispongamos de una ciencia supuestamente perfecta, no podemos decir cómo sería una tecnología perfecta, y no resulta así posible determinar la perfección de la ciencia en términos de la tecnología que esta nos garantiza” (Rescher, 1999: 144). Esta última situación del sujeto racional frente al desarrollo de la tecnología pone en evidencia los altos niveles de complejidad que asume el problema de la racionalidad tecnológica. Ahora, es claro que la intención de la tecnología no era la de generar caos y menos entorpecer el desarrollo científico.

Frente a lo anterior, Rescher establece que “No podemos pretender una tecnología “perfecta” que nos permitiera hacer cualquier cosa que se nos pasara por la cabeza, sin importar lo “ilusoria” que pudiera ser. Todo lo que podemos razonablemente esperar es una tecnología perfecta que nos capacite para hacer todo aquello que es realmente posible para nosotros; y no lo que



pensaremos que podríamos hacer, sino lo que real y verdaderamente podemos hacer" (Rescher, 1999: 143).

Es evidente que al sistema de producción y a la sociedad de consumo no les interesa generar espacios de racionalidad tecnológica, pues va contra sus intereses. Mientras el sujeto razona, evalúa, valora y se decide, pasa mucho tiempo, es un tiempo en que deja de consumir, por lo que potencialmente es un sujeto de consumo inservible al sistema; en el mejor de los casos serviría como objeto de consumo, de igual manera rentable, pero con limitaciones para ser explotado. El sujeto racional para una sociedad de consumo no debe preocuparse por qué consumir, de eso se encarga el sistema.

Conclusión

A partir de lo desarrollado en líneas anteriores, vemos que desde los referentes teóricos presentados por Descartes, Kant y Rescher, todavía no se avizora cómo es posible el ejercicio de una racionalidad tecnológica en las sociedades contemporáneas, a sabiendas de que hay una pugna en condiciones de desigualdad entre el sujeto racional, y el sistema productivo y la sociedad de consumo, por recobrar, por parte del primero y continuar con el control los segundos, los escenarios evaluativos, argumentativos y valorativos planteados por Rescher, frente al desarrollo acelerado de la tecnología.

Se hace necesario, entonces, seguir en la exploración bibliográfica y la construcción teórica sobre las condiciones y modos de racionalidad tecnológica del sujeto racional frente al uso y consumo de tecnología.

Como bien lo ha dejado ver Rescher, la tecnología está al servicio del hombre y para el hombre, y si el hombre tiene por principio ser feliz, la tecnología debe contribuir a tal fin: "No cabe duda que la tecnología produce una fuerte intensificación del bienestar humano. Sus contribuciones a nuestra salud y comodidad, a nuestra esperanza de vida y al bienestar material, han propiciado la puesta en práctica de unas condiciones de vida

manifestamente superiores a cualquier otra etapa anterior" (Rescher, 1999: 170).

No obstante, distinguimos cómo el sujeto racional y las posibilidades de racionalidad ante el desarrollo tecnológico nos son esquivas, y dejan ver, de paso, que entre el hombre y la tecnología hay una simbiosis bastante significativa;

Rescher plantea que "La tecnología y la felicidad humana están trabadas en una relación de amor-odio, a menudo amistosa, pero a veces amargamente hostil la una con la otra. La situación resultante es tal que supone un reto para la gente sensata el llegar a aclarar la cuestión de cómo se relacionan ambas" (Rescher, 1999: 171).

La tecnología frente al sujeto racional asume el papel de quien da bienestar, felicidad, calidad de vida, progreso, pero la otra cara es que antes de dar opciones para evaluar, argumentar y definir sobre el qué, cómo y para qué de la tecnología, nos determina las condiciones de uso y consumo de la misma, dejando en el recuerdo el ideal de razón y racionalidad.

Bibliografía

Berkeley, George. (1986). *Principios del conocimiento humano*. Barcelona: Ediciones Orbis S. A.

Descartes, René. (1983). *Discurso del método. Reglas para la dirección de la mente*. Barcelona: Ediciones Orbis S. A.

Feyerabend, Paul K. (1984). *Contra el método*. Barcelona: Ediciones Orbis, S. A.

Kant, Immanuel. (1991). *Antropología*. Madrid: Alianza Editorial.

_____. (1997). *Crítica de la razón práctica*. Salamanca: Sígueme.

_____. (1976). *Crítica de la razón pura*. México: Porrúa.

Moya, Eugenio. (1998). *Crítica de la racionalidad tecnocientífica*. España: Biblioteca Nueva.

Popper, Karl. (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.

Popper, Karl. (1995). «La teoría de la ciencia desde un punto de vista teórico-evolutivo y lógico». En: *La responsabilidad de vivir*, de Karl Popper, págs. 17-42. Barcelona: Paidos.

_____ (1985). «Pensamiento y experiencia,

epistemología evolucionista; o, ¿cómo consiguieron los linces su visión aguda» Roma, 349-354. Conferencia pronunciada por Popper en Atti dei Convegni Lincei en 1985.

Rescher, Nicholas. (1999). *Razón y valores en la era científico-tecnológica*. Barcelona: Paidos Ibérica S. A.

_____ (1993). La racionalidad. España: Técnicos.